

LA ESCRITURA DE CUENTOS

La escritura debe guardar continuidad en aquellos que la practicamos con el uso de varios vericuetos. En mi caso, escribir novelas, ensayos, poesía y cuentos forma parte del mismo proyecto: salvo rarísimas excepciones, mi gusto. Cuando doy clases de Literatura Hispanoamericana Colonial a mis alumnos de Filología Española de la Universidad de La Laguna, he tenido que resolver un problema previo: ajustar los signos del discurso que unifique mis intenciones. Llevo muchos años escribiendo cuentos; es el primer ejercicio de escritura que practiqué. Y esa memoria se remonta a mi época infantil. Recuerdo que un maestro de primaria me llamó exagerado por afirmar en una redacción de clase que en un estudio superficial del planeta Marte los científicos de la NASA habían descubierto construcciones semejantes a las humanas, e incluso ropas tendidas en los patios. El maestro dudaba entre recriminar mi fantasía (no muy institucional en esos momentos del franquismo) o reconocer la novedad entre niños de un caserío anodino, con un destino marcado por su clase social (hablo de las escuelas públicas) y para quienes Marte no sólo estaba muy alejado del barranco y del campo de fútbol sino que importaba poco que existiera o dejara de dar vueltas estúpidamente alrededor del sol. En los últimos años del bachillerato una antigua novia, hija de esas circunstancias y de la adolescencia, disfrutó de un triunfo sonado en su clase con una redacción mía sobre el carnaval que llevaba su nombre. En esa época recibí el primero de los poquísimos premios de mi vida por asuntos de índole literaria. El triunfo fue contundente en ese concurso regional de cuentos auspiciado por el Instituto de Enseñanza Media del

Puerto de la Cruz, intuyo que por lo raro del material que presenté: Unos niños habían plantado en una maceta unos caracoles a la espera de que crecieran como una planta; el líder del grupo, muchos años después, mantenía la espera y condicionaba el juicio de sus compañeros. Recuerdo que le pregunté a mi profesora de lengua “¿lo entendió?”, y ella, con cara de disgusto (por la pregunta, supongo), respondió: “Creo que sí”. Fue el primer relato mío que vi impreso; le siguió un accésit del concurso del vespertino *La Tarde* en mi primer año de estudiante universitario.

Sería fácil afirmar que el ambiente en el que me desarrollé influyó en esta convicción de las cosas y de la escritura de cuentos. De modo que me encuentro en una posición extraña que tampoco sé si sabré explicar convenientemente en estas líneas. Por un lado, negar esas concordias de mi infancia sería un menosprecio impropio y canalla a personas que quise mucho. Parte de lo que soy en la escritura se lo debo a dos seres desaparecidos ya: mi tía Herminia (una excelente narradora oral) y a mi padre (un hombre que combinaba sabiamente los cuentos más populares de misterio con anécdotas fantásticas, que transmitía con el recubrimiento del secreto inconfesable, y episodios francamente simpáticos). De los cuentos de mi abuela Delfina recuerdo menos; sólo que los hubo en las noches de aquel lugar en el que la luz eléctrica era un signo de distinción en casa de mis tíos, pero que la lumbrera proporcionaba las velas de la marca Elefante que consumíamos. Ciertamente es, también, que hubo una época de mi escritura en la que los elementos de la oralidad eran preeminentes y exagerados. Lo que quiero afirmar, sin embargo, es lo siguiente: La escuela de la oralidad forma el gusto por el narrar y por advertir, desde muy pronto, uno de los elementos capitales de la escritura: la verosimilitud. Cuando mi tía contaba que mi abuelo paterno visitó a mi abuela Delfina para comunicarle algunas deudas inconfesadas, nos transmitía todos los detalles de la escena (desde el vestido pudibundo de

mi abuelo hasta el color de la colcha de la cama de mi abuela), y era verdad; cuando mi padre contaba que mi tío se vio sorprendido, en una noche de invierno en el norte de la isla de Tenerife, por el espíritu de un muerto manifestado en forma de gran piedra que lo persiguió hasta la puerta de su casa, era verdad. Pero mi vida (como la vida de muchos hombres y mujeres de mi generación) se ha movido entre esos dos trancos: Entre las sensaciones y discursos que vivimos y nos formaron en nuestra estancia campesina, y los libros que nos transformaron.

Heredé de mis mayores el decir barroco y acumulativo; también la fantasía. Lo uno y lo otro he tenido que dominar para ser cuentista, y para intentar ser un novelista consecuente. He tardado unos quince años en imponerme a la extensión y en considerar aceptables narraciones de cinco páginas o de una página y media. La poesía que he escrito me ha ayudado. No encuentro temas distintos en ella y en los cuentos de *El cazador de moscas*, libro al que me refiero y al que pertenece “La nave del lago Vintter”, es decir, el amor, la muerte, el deseo, la cierta conciencia del existir precario, de la identidad voluptuosa, y del problema de escribir. Mis antepasados me regalaron muchas cosas, en relación al asunto que me ocupa: No tanto los temas, y sí la necesidad de contar, y algunas de las estrategias esenciales: no divagar, construir historias, subrayar la verosimilitud, sorprender. Y también me transmitieron una condición innegociable: luchar contra la parcialidad, la facilidad, el conformismo, el localismo y la mezquindad.

Medida y tino es lo que me enseñaron mi tía y mi padre, a cuyos cuentos me enfrento con estos que he concluido. Ellos se alegraban de esa discordia cuando me observaban leer enfáticamente, en una tienda hecha con sacos de arpillera, en la azotea de mi casa, en los veranos ya alejados de ese tiempo, novelas y relatos de seres humanos cuyos nombres su destino no les permitió aprender a pronunciar.

DOMINGO-LUIS HERNÁNDEZ (Tánger, 1954). A los pocos meses de su nacimiento, su familia regresó a Canarias. Desde entonces ha vivido en la isla de Tenerife, con varias estancias en el extranjero por motivos de estudio y de docencia. Es Profesor Titular de Filología Española en la Universidad de La Laguna, donde imparte clases de Literatura Hispanoamericana. Ha publicado (entre otros) *Roberto Arlt. La sombra pronunciada*, *Los cuentos de Roberto Arlt*, y la

Narrativa corta completa del escritor porteño (en dos volúmenes).

Narrador y poeta, han visto la luz sus libros *Ilión, Ilión o Troya irresurgente* (poesía, 1986), *Taller de tráfugas* (poesía, 1989), *Arbusto en el pantano* (poesía, 1991), *La llama ardiente* (poesía, 1999), y *El ojo vacío* (novela, 1986). Es el fundador y el director de la revista *La Página* (1er. número, 1989) y de la editorial del mismo nombre.